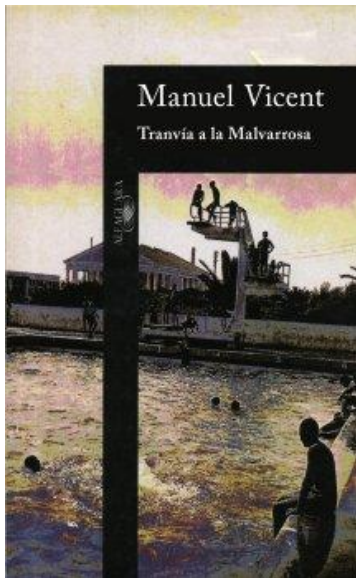


Manuel Vicent, *Tranvía a la Malvarrosa*, Madrid, Alfaguara, 1994.



Tranvía a la Malvarrosa (1994) es una novela de éxito de Manuel Vicent, una de las más conocidas por el público de entre las que él ha escrito. Prueba de ello es que, apenas dos años después de publicada, José Luis García Sánchez la llevó al cine, con guión de Rafael Azcona, y Liberto Rabal y Ariadna Gil como protagonistas, además de un reparto de lujo en el que figuraban Fernando Fernán Gómez, Antonio Resines, Vicente Parra, Sergio Villanueva, Juan Luis Galiardo...

Tranvía a la Malvarrosa es la historia de una educación sentimental, de un viaje de la adolescencia a la juventud. Narra el despertar sexual de Manuel, un chico de provincias, de Vilavieja, que llega a la gran ciudad, la Valencia huertana de los años cincuenta, para estudiar Derecho. El protagonista, trasunto del autor, irá descubriendo olores, colores, sabores... en aquella España de la posguerra dominada por una educación clerical que convertía en tabú los temas eróticos. Acumulará experiencias prohibidas y cambiará de actitud ante la vida, a ritmo de bolero y de sucesos periodísticos (crímenes truculentos, muertes taurinas...) que reflejan la España profunda y tremendista que tan magistralmente retrató Camilo José Cela en *La familia de Pascual Duarte*.

Balanceándose entre la lujuria (el mundo lupanario) y la pureza (Marisa, su amor platónico, la chica angelical con la que sueña), Manuel se inclina del lado de la transgresión. La atracción por lo prohibido es el principal motor de las aventuras que corre este joven. La novela se convierte así en una exaltación de la libertad, del placer sin culpa, del hedonismo, todo ello con la presencia obsesiva del Mediterráneo, ingrediente indispensable en la prosa vicentiana. Manuel, el joven de *Tranvía...*, rompe así con el orden constituido, representado por la autoridad paterna, y toma las riendas de su destino. La imaginación, el mar, el placer serán sus referentes, aunque la rememoración de los tiempos idos no está exenta de nostalgia.

En *Tranvía a la Malvarrosa* hay lirismo, crítica de costumbres (por ejemplo, se ridiculiza el fanatismo religioso en el episodio de Manuel perseguido por un escayolista místico que quiere convertirlo), humor (una masturbación de Manuel en la que coinciden en un mismo éxtasis "mis propios gemidos y los alaridos del locutor ¡¡Gol de Gaínza!! ¡¡En el último minuto del partido, gol de Gaínza!! ¡¡El Valencia Club de Fútbol eliminado!! La pasión que sentía por el equipo del Valencia aquellos años de la adolescencia era muy intensa y a partir de aquel partido de copa la derrota de mi equipo iría unida a mi pecado"), tremendismo (el relato de la violación de Semo y cómo después se le ejecuta a garrote vil, la narración de la asesina que descuartiza a su marido...) y, sobre todo, descripción minuciosa de Valencia, estampas casi pintorescas de la vida de posguerra.

El Manuel de *Tranvía...* perderá inevitablemente la inocencia en las últimas páginas de la novela, en un encuentro amoroso lleno de fogosidad, con Vicente Blasco Ibáñez como fondo. Con el despertar a la vida sexual, aquellos tiempos de adolescencia quedarán inevitablemente arrumbados en el cajón de la memoria y la melancolía.



MANUEL VICENT RESUME SU NOVELA

Sobre un fondo de boleros, el protagonista de esta novela atraviesa la adolescencia con la frente cuajada de acné.

Cada uno de aquellos granos era un pecado mortal, según le decía el confesor. El sentido de la culpa no podía desligarlo del placer y éste era la hierba quemada de verano, el sonido de la resaca en la playa bajo el cañizo ofuscado por la luz del arenal. Sobre un fondo de crímenes famosos en aquella Valencia todavía huertana de los años cincuenta se desarrolla la conciencia del protagonista. El crimen de la envenenadora, el garrote vil a aquel esquizofrénico que asesinó y cubrió de flores a la niña antes de depositarla en una acequia, la aparición de las piernas depiladas de un hombre con la uñas pintadas dentro de un saco: a través de esta geografía de la memoria un tranvía con jardinera cruzaba la ciudad y se dirigía a la playa de la Malvarrosa. En ese espacio olvidó el protagonista la neurosis del padre, la tortura de una educación religiosa, la sordidez social de aquel tiempo. Desde el fondo de la adolescencia llegó a Valencia un día en que todos los escaparates de las pastelerías exhibían la imagen del general Franco confeccionada a base de frutas confitadas. Cualquier héroe tiene que hacer un viaje para encontrarse a sí mismo. El viaje de iniciación entre la adolescencia y la juventud el protagonista de este relato lo realiza en un tranvía hacia la playa de la Malvarrosa, donde la libertad fue conquistada y la inocencia quedó atrás junto con el bañador olvidado bajo un arbusto de adelfas.

ALGUNAS NOTAS DE LECTURA

- Manuel vive en Torredemar (=Vilavieja), acaba de terminar el bachiller, tiene una familia tradicional, más bien acomodada, con criadas. Un buen caserón valenciano, luminoso, con azulejos de Manises, es su residencia. Su padre quería los títulos de propiedad en el cajón de la cómoda y el alma en paz con Dios y con la Iglesia. Por eso desea que Manuel sea cura o abogado, aunque él le dice que lo que anhela es estudiar Filosofía y Letras. Empieza su vida universitaria y por eso deja el pueblo y se va a la gran ciudad. Vivirá en el colegio mayor León XIII, regido por un cura amigo de su padre. "Allí comerás bien", le dicen (no hay que olvidar que las cartillas de racionamiento y las llamadas patrióticas al plato único estuvieron en vigor hasta bien entrados los cincuenta). Manuel toca el piano y ha tenido una educación esmerada. Su padre le obliga a matricularse en Derecho, porque de las letras no se vive.
- En Torredemar, Manuel, Vicentico Bola y sus amigos ven en la playa a la sueca y su novio haciendo el amor en la tienda de campaña. Como dentro de la tienda había luz, en las lonas se veía todo como en el cine, se convierten en pantalla cinematográfica. Hacia el final de la novela, aparece Juliette, la francesita liberada y desinhibida. Los turistas extranjeros fueron una liberación para los españoles, educados en un nacionalcatolicismo intransigente en cuestiones de sexo. En cuanto a Vicentico Bola, es una suerte de Virgilio pagano, que guía a los muchachos a un infierno muy atractivo, a lugares de perdición con encanto.
- Marisa representa la pasión pura, platónica, el amor petrarquista de Manuel. Es hija de una señora veraneante, han venido de Valencia al pueblo "para tomar las aguas", los baños. Cuando Manuel va a vivir a Valencia la ve pasar en el tranvía azul, el que lleva a la Malvarrosa. Va siguiendo el tranvía, hace un viaje que lo llevará de la adolescencia a la juventud. Marisa se mantiene toda la novela en el plano idealista, es una inspiración para Manuel.



- Pero la poderosa juventud del chico lo arrastra por las laderas de lo prohibido y el tabú: la vida sexual, beber, fumar, alternar... Marisa es la referencia de un mundo de pureza, ideal. El lupanar es la otra realidad, lasciva, lujuriosa, pecaminosa, pero irremediamente atractiva.
- Vicentico Bola, 130 kilos de peso, trabaja con su madre y su tía en la tienda de ultramarinos, pero cuando sale de juerga con sus amigos más jóvenes, se hace el mayor con ellos y también con los habitantes del pueblo donde cesa al alcalde, Pedro Roche, y nombra a uno nuevo, Federico Massip, asegurando que es un jefe del Movimiento Nacional. Bola, como el duque de Alba en *Aguirre, el magnífico*, la hasta ahora última novela de Vicent, se inventa a sí mismo. A las prostitutas les dice que es el secretario particular del gobernador de Valencia y les promete cargos y prebendas. Manuel y sus amigos dicen palabrotas para hacerse los mayores, fuman puros y cigarrillos, van a los prostíbulos, guiados por Vicentico Bola, que es quien los inicia en estas lides.
- La obra está ambientada en la Valencia de los años cincuenta, en la que se mezclan naturalmente castellano y valenciano (hay una escena en la que un tendero quiere enseñar a decir *Visca Valencia* a un periquito; en otra, una vendedora del mercado llama "preciós" a Manuel). Una época, los cincuenta, en que aún existían las pesetas, se oían los boleros y triunfaba la copla, Marifé de Triana y la Piquer, y en el cine, a pesar de la férrea censura y de los cortes de películas, se veía a Silvana Mangano (de magníficos muslos), a Marilyn Monroe, a Jane la compañera de Tarzán (posiblemente, Maureen O'Haara, que lucía falda escasa y una figura estupenda), a la hermosa vedette Gracia Imperio... Tiempo también en que Franco visita Valencia (en las fachadas de las casas se cuelgan pancartas que saludan al Caudillo: "Valencia siempre a las órdenes del Generalísimo"; pasa la guardia mora; las confiterías hacen pasteles y tartas con la imagen de Franco...). Los curas se pasean por las calles con sotana (traje talar). Pero los que mandan en el país son los militares: el capitán general de Valencia es casi un virrey que abusa de su poder. La bota militar es omnipresente. Y en las cárceles se aplica el garrote vil.
- Se reflejan muy bien las fiestas y ambientes populares: el mercado, las bandas de música, las procesiones, los fuegos artificiales y las *masclerás*. A Tomásín, el hijo del carnicero, lo mata un toro y paradójicamente la carne del animal se venderá en la carnicería de su familia. Quizá la conocida torofobia de Vicent venga de aquí, de este suceso luctuoso que pudo ser real. En los casinos, los hombres piropean a las mujeres que pasan por las aceras, con una brutalidad insufrible. También están retratados estupendamente los ambientes de los salones de bailes y los cafés de variedades, donde las cantantes deleitaban a los clientes con su voz y sus... talentos ocultos. En Zaragoza, era famoso *El Plata*, muy similar a los que retrata Vicent en su novela. Los jóvenes vivían sus primeros escauceos amorosos en los célebres guateques, donde el baile y la música relajaban la presión de los principios represivos en que habían sido educados.
- En la universidad, los catedráticos eran casi siempre adictos al Movimiento (uno defendía en clase la pena de muerte para el *Semo*, el violador deficiente mental que había matado a la hija de los guardeses), pero los *penenes* o profesores ayudantes, más jóvenes, leían libros prohibidos, traían ideas europeas a España... En las librerías de viejo (=anticuarias) había un "infierno" donde los clientes iniciados podían conseguir libros de Sartre, de Camus, de Hemingway. También se leía a Ortega, la colección Austral, los noventaiochistas, Teilhard de Chardin, los cuentos de Andreiev, Heine, André Gide... Su padre lo sorprende cuando está sintonizando una emisora prohibida, *Radio París*.
- En Tranvía... hay muchos episodios humorísticos, como el arrepentimiento del *Semo* antes de que le den garrote gracias a que el capuchino que lo confiesa le promete que en el Cielo dan paella con pollo todos los días; o la persecución que sufre Manuel por parte de Arsenio, el escayolista místico encargado de los cursos de cristiandad, a quien el obispo le ha encomendado la tarea de convertirlo al buen camino; o la historia de la China, la prostituta que se empeña en que Manuel es la reencarnación de su novio Miguel, muerto en un accidente de coche; o la escena del entierro del Bola, cuyo pesado



ataúd hunde la fila de nichos en que había sido colocado; o la escena de amor en la playa con Juliette, burdamente interrumpida por la bota militar; o el episodio de los curas que entran en un café cantante y salen horrorizados cuando una chica enseña las tetas...

FRAGMENTOS DE LA NOVELA

(Las primeras páginas de *Tranvía a la Malvarrosa* pueden leerse íntegramente en el siguiente enlace: <http://www.editorialtaurus.com/uploads/ficheros/libro/primeras-paginas/200805/primeras-paginas-tranvi-malvarrosa.pdf>)

"Sin duda mi padre tenía toda la estructura del universo en la cabeza: el hijo mayor llevaría la tierra, a mí me entregaría a la Iglesia, el tercer vástago se dedicaría a la ingeniería y las dos hijas serían limpias y honestas y se casarían con chicos honrados de buena familia con no menos de trescientas hanegadas de naranjos. De esta forma se cumpliría el orden ontológico y todo quedaría en su sitio: Dios en el cielo y las escrituras de propiedad en el cajón de la cómoda. Siguiendo cierta estrategia una tarde de mayo en que olían a azahar las calles blancas del pueblo me mandó recado el vicario mosén Javier para que fuera a verle. Vivía en la casa de dos beatas. Yo era monaguillo. Tenía 10 años. Me recibió en el piso de arriba sentado a una mesa en un rincón bajo un Cristo de madera oscura y por el balcón entraba un sol muy violento que en el suelo de yeso marcaba un cuadrilátero de luz de donde subía en suspensión un polvillo dorado. Para llegar hasta el escritorio del capellán tuve que atravesar ese rayo resplandeciente y por un instante quedé dentro de él. Esa luz sobre la frente y la sonrisa abierta del vicario me hicieron pensar en que algo sagrado estaba a punto de posarse sobre mí.

Mosén Javier fumaba sin parar. Toda la trama de su sotana despedía por las costuras olor a tabaco rancio. Llegué hasta él y me ofreció una silla a su lado, me rodeó el hombro con el brazo y tal vez me acarició la mejilla con un suave pescozón; posó la otra mano sobre un libro de tapas negras; comenzó a decirme palabras halagüeñas y al final de un largo circunloquio me insinuó que Dios había pensado en mí para una misión muy alta. Me quedé muy sorprendido. No comprendía cómo mis padres no paraban de regañarme todo el día y de pronto Dios y el vicario me valoraban de esa forma, a mí que en la escuela don Ramón no hacía sino arrearme patadas y en el pueblo me tenían por un salvaje.

—¿Qué te gustaría ser? —me preguntó.

—No sé —le dije—, cualquier cosa que le guste a mi padre.

—Tú eres listo. Tienes que estudiar. ¿No te gustaría ser apóstol y salvar muchas almas? Dios te ha elegido entre todos los niños del pueblo. ¿No quieres dar gusto al ser que te ha creado?

—¿A mi padre?

—A Dios.

—No sé.

—Piénsalo bien. Volveremos a hablar mañana." (pp. 46-47)

"No había leído a Marx todavía. Me repugnaba profundamente la escolástica y que el profesor de filosofía Muñoz Alonso explicara a san Agustín brazo en alto, arreado con correaes y camisa azul. Yo no quería ser un portador de valores eternos sino un gozador de placeres efímeros. Empezaba a creer que había más estructura en un aroma que en cualquier pensamiento, más verdad en los sentidos que en la lógica. Amaba los momentos de plenitud que se derivaban del cigarrillo que fumaba en la terraza del Kansas City, del bolero que bailaba en Chacalay, del incienso tan puro del Patriarca que el canto del gregoriano esparcía sobre el zócalo de azulejos, del acordeón que sonaba bajo los toldos y cañizos de los merenderos de la Malvarrosa. (...) Yo entonces sólo creía en la plenitud de cada instante como la única forma de redención. Pero ese instante de perfección



que el destino acababa de regalarme, aquella piel, la sensación de libertad de un cuerpo femenino en mis brazos, lo había aplastado el capitán general con sus polainas. A partir de ahí me hice un resistente." (pp. 191-193)

